

La prueba más grande de amor, dice el evangelio, es morir por aquél á quien se ama.—*Majorem hac dilectionem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* (Joan. XV).

Estas palabras deben aplicarse enteras á la Santísima Virgen. Si no se tratara del santo evangelio me atrevería á decir que con respecto á María no dice toda la verdad, porque María ha hecho más que si hubiese dado su vida por nosotros, puesto que nos dió la vida de su Hijo, que le era más querida que su propia vida. Esta donación la hizo, no una vez, sino muchas veces; la repitió tantas veces cuantos fueron los latidos de su corazón. «Muera mi Hijo para que se salven los hombres!» Tal es el ofrecimiento que hizo durante toda su vida; ved hasta qué punto nos amó. Cuando en la solemne investidura del Calvario, le dió Dios el cargo de la maternidad humana, ¿rehusó acaso los deberes inherentes á esta cualidad de Madre de los hombres? No por cierto. Los siglos, los pueblos y los individuos nos declaran que María tiene un corazón de Madre y que nos ama á todos como á sus hijos. Cuando se habla de María nunca se habla de su insensibilidad, ni de su severidad ni de su justicia. En toda la tierra no se levanta más que esta sola voz: María es la Madre de la Misericordia; María es la Madre del Amor.

Esto es lo que todos creemos, lo que todos sentimos y nos llena de confianza. Mientras podemos cantar su ternura infinita, digámosle en coro:

«Oh María, deja caer en nuestro corazón una llama del amor que consume el tuyo. La tierra se cubre por desgracia de indiferencia, de egoísmo, de odio y de maldad. Haz que á pesar de todos estos males amemos á los hombres como á nuestros hermanos, que les amemos sin medida para que con este signo nos reconozcan como hijos de Jesús é hijos tuyos.—ASÍ SEA.

## MARIA EN EL CENACULO EL DIA DE PENTECOSTES

### DIA VEINTIOCHO

#### ARTÍCULO I

### LA SAGRADA ESCRITURA

Et erit post hæc: effundam spiritum meum super omnem carnem. Sed et super servos meos et ancillas, in diebus illis effundam spiritum meum.

*Joel, II, 28.*

Spiritus Domini super me eo quod unxerit Deus me; ad annuntiandum mansuetis misit me, ut mederer contritis corde, et prædicarem captivis indulgentiam, et clausis apertionem: ut consolarem omnes lugentes, ut ponerem lugentibus Sion, et darem eis coronam pro cinere, oleum gaudii pro luctu, pallium laudis pro spiritu mœroris, et vocabuntur in ea fortes justitiæ, plantatio Domini ad glorificandum.

*Isa, LXXI, 1.*

Vos autem sacerdotes Domini vocabimini, ministri Dei nostri, dicetur vobis. Pro confusione vestra duplici et rubore laudabunt partem suam, propter hoc in terra sua duplicia possidebunt, lætitia sempiterna erit eis, et dabo opus eorum, in veritate, et fœdus perpetuum feriam eis, et scient, in gentibus semen eorum, et germen eorum in medio populorum. Omnes qui viderint eos, cognoscent illos, quia isti sunt semen cui benedixit Dominus. Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo.

quia induit me vestimentis salutis, et indumento justitiæ circumdedit me, quasi sponsam ornata monilibus suis. Sicut enim terra profert germen suum sicut hortus semen suum germinat, sic Dominus Deus germinabit justum iam, et laudem coram universis gentibus.

*Ibid.*

Videbunt gentes justum tuum, et cuncti reges inclytum tuum, et vocabitur tibi nomen novam quod os Domini nominavit et eris corona gloriæ in manu Domini, et diadema regni in manu Dei tui. Gaudebit super te Deus tuus, Constitui custodes: tota die et tota nocte in perpetuum non tacebunt, qui meminiscimini Domini, ne taceatis et ne detis silentium, donec stabiliat, et ponet laudem in terra. Transite, transite per portas, præparate viam populo, planum facite iter, relevate signum ad populos.

*Ibid.*

Ecce Dominus auditum fecit in extremis terræ, dicite filiæ Sion: Ecce Salvator tuus venit, ecce merces ejus cum eo et opus ejus coram illo. Et vocabunt eos populus sanctus, redempti a Domino.

*Id.*, LXII, 2.

Ego quasi terebinthus extendi ramos meos, et rami mei honoris et gratiæ: ego mater pulchræ dilectionis et timoris, et agnitionis et sanctæ spei: in me gratia omnis vitæ et virtutis. Spiritus meus super mel dulcis. Videte quoniam non soli mihi laboravi, sed omnibus exquirentibus veritatem.

*Eclii.*, XXIV, 22.

## ARTÍCULO II

### LOS PADRES

I. Entonces bajaron del monte de los Olivos para dirigirse á Jerusalén. Desde el día de la Ascensión hasta el momento en que recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés, el colegio apostólico empleó todo este tiempo preparándose para la venida del Espíritu Santo por medio de la oración, del ayuno, de los ejercicios espirituales y del recogimiento. Cuando bajó el Espíritu divino, cada uno de ellos recibió la gracia con tanta más abundancia cuanto fueron mayores los méritos de dignidad y

amor que había obtenido. Y como María les excedía á todos por las disposiciones interiores que tenía en su corazón, no es de admirar que recibiera para sí una sobreabundancia de bienes celestiales más considerable que la que penetró en el alma de todos los apóstoles juntamente. (*B. Dionysii Chartusiani. hom. de Laud. B. M. V. 1. 2.*)

II. El día de Pentecostés bajó el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego, como lo dice el evangelio: «Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego y reposó sobre cada uno de ellos.» Sin duda para demostrar que los apóstoles recibieron el don de lenguas, es decir, la facultad de hablar cuando quisieran todos los idiomas conocidos. Y como la Santísima Virgen estaba con los apóstoles, orando con ellos cuando el Espíritu Santo vino del cielo, es de creerse que tuvo un gran participio en este admirable favor. (*S. Antonini. arch. Florentin. in. adr. B. M. V.*)

III. Aunque no estaba destinada por Dios para correr el mundo y predicar el evangelio como los apóstoles, convenía, á título de gracia y de sobreabundancia de favores espirituales que no careciera de este privilegio. Así es como el Hijo de Dios, sin haber recibido ostensiblemente el don de lenguas, puesto que sólo predicó en la Judea, como lo dice El mismo: «Sólo soy enviado para reunir las ovejas descarriadas de Israel» las poseyó á pesar de todo, según Santo Tomás nos dice en su Suma; y esto no fué inútil, aunque no tuvo necesidad de ello, porque sirvió para dar mayor realce á su mérito. (*Id. Ibid.*)

IV. Había otros motivos para que María no careciera de este privilegio. Aunque no estaba destinada para la predicación, es muy verosímil, ó por lo menos así lo suponemos, que varios de los numerosos prosélitos que abrazaron en diversos países la nueva fe, no hablarían la lengua de los judíos. En masa se presentaban, sobre todo, después de la Ascensión de Jesucristo, para visitar,

oir y honrar á la que era muy conocida como madre del Mesías. Como María estaba llena de caridad y no podía engañarse en sus palabras, tenía con ellos dulces coloquios, les consolaba, respondía á sus preguntas y les prodigaba la enseñanza de varios idiomas según el país que habitaban ó aquel en que se habían criado. Dios te salve á tí, que estás llena de esta nueva gracia. (*Id. Ibid.*)

V. Considerad, amados míos, que María tenía el don de lenguas de que nos habla el Salmista cuando dice: «Repartida está la gracia en tus labios;» y el libro de Judith que dice: No hay en la tierra una mujer como vos, ni por la mirada, ni por la hermosura, ni por la inteligencia del sentido oculto de sus palabras. (*S. Bonav. in Specul. B. M. V.*)

### ARTÍCULO III

#### PLAN Y ASUNTO

I. María consuela en el cenáculo á los apóstoles.

Después de la Ascensión de Nuestro Señor, dice el evangelio, María, los apóstoles y las santas mujeres se retiraron en el cenáculo y allí perseveraron en la oración. Estaban tristes por la pérdida que acababan de sufrir. Poco iluminados aún, se veían privados de nuevo del que cautivaba todas las potencias de su alma. María les consolaba y preparaba su alma para la visita del Espíritu Santo. Oraban juntos y hallaban en la oración el consuelo de su amargura; la oración les fortalecía. María era como la madre de todos. Les hablaba de Jesús, á quien tanto había amado, y les predijo muchas cosas que sucedieron más tarde.

II. María instruye en el cenáculo á los apóstoles.

Cuando vino el Espíritu Santo á los apóstoles les enseñó sin duda muchas cosas, porque, pobres pescadores

de un lago de Judea, fueron la luz de las naciones. Pero por vasta que fuere la ciencia que les infundió, no les desnudó de los medios naturales que tenían de instruirse ni tampoco les dispensó de ellos. ¿Qué conocimientos tenían de los treinta primeros años de la vida de Jesucristo? Casi ningunos. Sólo María sobrevivió á los pastores, á los magos, á Simeón, á Isabel y al mismo José, y ella era el único testigo, no sólo de la Encarnación del Verbo, sino de la Natividad, de la Adoración de los magos, de la Presentación en el templo, de la huida á Egipto y de la sabiduría de Jesús entre los doctores.

Acerca de todas estas cosas, instruía María á los apóstoles en el cenáculo y después de Pentecostés. Por ella han llegado todas estas cosas á nosotros, de modo que María es el verdadero fundamento de nuestra fe.

### ARTÍCULO IV

#### Extractos y pensamientos diversos

I. Después de la Ascensión de mi Hijo, he vivido largos años en este mundo, y Dios lo quiso así para que en vista de mi paciencia y de mi conducta le llevase multitud de almas y fortaleciese el valor de los apóstoles y de los demás elegidos. La disposición natural de mi cuerpo exigía también que viviese yo muchos años para que fuese así más gloriosa mi corona. Con efecto, en todo el tiempo que viví después de la Ascensión de mi divino Hijo, visité los lugares en donde sufrió y obró sus maravillas. Su pasión estaba de tal modo fija en mi corazón, que, ya fuera que me entregara al descanso, ya que me ocupara en mis faenas caseras, su recuerdo estaba siempre fijo en mi memoria. Estaban además de tal manera desprendidos mis sentidos de la tierra, que me sentía constantemente inflamada de nuevos deseos y me ejercitaba así para nuevos dolores. Pero de tal modo templaba mi sufrimiento y mi alegría, que nada omitía con respecto al servicio del Señor. Vivía por último de tal modo entre los hombres, que excepto un módico alimento, jamás fijé mi atención en lo que ellos buscan más, ni lo empleé en mi persona. (*Santa Brigida, Revelaciones, lib. VI, cap. XLI.*)

II. Todos perseveraban en la oración, dice San Lucas, con las santas mujeres y María madre de Jesús, y sus hermanos. Tales son las personas

con quienes vivió María en la escuela de la virtud después de la Ascensión del Salvador. Entre ellos medita la ley de los mandamientos de Dios, para ser ella misma la regla de la disciplina de Jesucristo y un ejemplo de edificación para las vírgenes. María se complace en vivir acompañada de los testigos de la resurrección, de la que fué ella misma el principal testigo. Vive con los senadores del cielo, en la corte del paraíso, bajo la dirección del Espíritu Santo y formada para toda ciencia por la Trinidad entera. —(J. Hieron, presbyt, Epist. ad Paul et Eustoch. cap. IV).

III. Perseveraban todos en la oración con María, madre de Jesús. Trátese de los apóstoles que, después de la Ascensión del Señor, se reunieron en un mismo lugar para esperar la visita del Espíritu Santo que el Señor les había prometido. Os enviaré de parte de mi Padre el espíritu de verdad, les dijo: María es la primera a quien encontramos en el primer rango de estas falanges del gran rey de esta tropa bendita, cuya vida no era ya de esta tierra. Allí estaban reunidos como en familia; éra como un festín de boda y María dijo á Jesús: No tienen vino. Con efecto, eran unas bodas solemnes que se celebraban entre Jesucristo y su Iglesia y los apóstoles debían publicarlas más tarde. Allí estaban con esta santa Madre, y carecían de este vino de la perfecta caridad, porque no les había visitado todavía el Espíritu Santo. He aquí porque levantando los ojos al cielo, pidió á Jesús que completase su obra. No tienen vino, dijo, éstos que están convidados al festín de las bodas. Y se prosternó delante de ellos, e hizo que subiera hasta el cielo esta ardiente plegaria: "Enviad vuestro Espíritu y se formará una nueva creación, es decir, se transformará el corazón y el espíritu de los hombres y renovaréis la faz de la tierra." —(S. Antonino, arch. Florent de B. V. M.).

IV. ¿No creéis que era útil y hasta necesario para nuestra fe, que después de la Ascensión pasara María algún tiempo entre los apóstoles y conversara con ellos muchas veces? Sin duda que al visitarles el Espíritu Santo les reveló toda verdad; pero esta verdad no sólo la poseía María por obra común de la revelación hecha en el cenáculo, sino que le había sido comunicada, como más digna, de una manera más abundante. Añádase á esto que ella podía enseñar á los apóstoles muchas cosas que sabía, no sólo por la ciencia que se le había concedido, sino por la experiencia y por las circunstancias de su vida, mezclada con la de su divino Hijo. —(S. Anselm. de Excellent B. M. V. cap. VII).

V. Hay tiempos para hablar y tiempos para callar, dice Salomón. No ignoraba esto la Virgen, sabia y prudente por excelencia. He aquí por qué queriendo el Esposo místico hacer en el cántico de los cánticos el elogio de su silencio y reserva, dice: "Mi hermana, mi esposa es un jardín cerrado; un jardín cerrado y una fuente sellada."

Mientras debió vivir el Hijo del hombre en la tierra en una condición inferior á la de los ángeles, comprendió la bienaventurada Virgen que para ella reinaba el tiempo en que debía guardar silencio. Sus labios fueron como un jardín cerrado y como una fuente sellada. Pero después que el Hijo del hombre se coronó de gloria por su Resurrección y Ascensión, después que hubo ocupado su lugar á la diestra del Padre, comprendió Ma-

ría que había llegado para ella el momento de hablar. Habló luego á sus amigos, es decir, á los apóstoles y les dijo cosas que antes no hubieran comprendido. Cuando llegó el Espíritu de verdad, él fué el primero que les habló y les enseñó toda verdad. Es innegable que él fué el primero y principal maestro de sus espíritus; pero la bienaventurada Virgen á todas estas enseñanzas añadió el testimonio de su palabra, y lo que dijo á sus dóciles oídos era tan admirable y verdadero, que Dios, su muy amado, aprobando sus palabras y su doctrina, le mandó este elogio verdadero: "Las palabras que brotan de tus labios son como un rayo de miel; porque tu lengua destila leche y miel." —(V. Rupperti Abb. in cap. II. sus Matth.).

VI. María no quedó en vano sobre la tierra después de la Ascensión de su Hijo. Tenía que hacer en ella una obra capital, una obra que debía abrir el camino á la de Dios: la obra de la fe cristiana.....

Y ahora ¿quién habrá en la compañía de los apóstoles, que dé testimonio de los treinta años anteriores de la vida del Salvador, de los misterios proféticos de su infancia, del misterio glorioso de su nacimiento, y en fin y principalmente del grande y fundamental misterio de su concepción divina, de la Encarnación? ¿Qué feliz tesoro de esta riqueza vendrá á echarla en la masa apostólica?

Evidentemente, esta es la parte de la Virgen Santísima, de María, Madre de Jesús que el historiador sagrado os muestra en el cenáculo, unida á los apóstoles en un mismo espíritu; mención tanto más significativa en este sentido, cuanto ese historiador es San Lucas, el evangelista de estos misterios, queriendo expresar con ella que de María había provenido su testimonio: de María, que según él dice en su evangelio, *los había guardado en su corazón*. San Anselmo no lo duda "No obstante el descendimiento del Espíritu Santo, dice, muchos grandes misterios fueron revelados á los apóstoles por María." *Plura tamen incomparabiliter per Mariam revelabantur.*

Con efecto, Dios que, según hemos dicho, utiliza cuanto hay bueno en los medios humanos; que empleaba, purificándolo, el testimonio grosero de los apóstoles; que les había inspirado reemplazaran el testimonio del apóstata eligiendo un testigo del mismo orden, no habría ciertamente omitido el testimonio de la más santa de las criaturas, la mejor informada y la más fiel. No hubiera desdeñado darse para testigo á la que se había dado por Madre.

Antes bien, la inducción más lógica y luminosa nos lleva á considerar el testimonio de María como una extensión de su divina maternidad.

En el retrete de Nazareth, la vemos cooperar con el Espíritu Santo á la Encarnación del Hijo de Dios; en el cenáculo de Jerusalén, la vemos cooperar con el mismo Espíritu de verdad, á la manifestación de este gran misterio. En Nazareth, ofrece á Dios su casto seno, y el Espíritu Santo obra en él la Encarnación del Verbo: en Jerusalén, suministra á la Iglesia el testimonio de este misterio, y el Espíritu Santo obra su inteligencia en los apóstoles. En Nazareth, viene sobre ella el Espíritu Santo, y por medio de su consentimiento hácese Madre de nuestro Dios: en Jerusalén,

viene sobre ella el mismo Espíritu, y mediante su testimonio hacerse Madre de nuestra fe.—(*Faber, María al pie de la cruz, cap. XXI*).

VII. El silencio de María, que puede llamarse la virtud favorita de la más sensata de las criaturas, se refleja en la historia de su vida. No parece sino que en el espacio que media entre el cenáculo y su muerte no estaba en el mundo. Sólo se sabe que vive constantemente con Juan, su Hijo adoptivo. ¿A qué edad murió? Todos admiten que fué en edad muy avanzada. Al aceptar, como generalmente se acepta, que murió de sesenta años, resultaría que habría sobrevivido á su Hijo de catorce á quince años. ¡Qué luto tan largo! Una vida semejante fué una muerte no interrumpida. Por esto nos la pintan los historiadores sagrados como nutriéndose con los recuerdos del Calvario, y no consolándose de su dolor sino en la comunión, en la oración y en el ejercicio de su maternidad espiritual. Unas veces en Epheso y otras en Jerusalén, no apartaba de esos lugares sus miradas, y sólo se apartaban de allí para fijarse en el Calvario, donde acontecieron tantos misterios de amor y consagración, donde vió morir á su Hijo por la salud de los hombres y donde fué proclamada madre de todos ellos.

Cuando dejaba momentáneamente su retiro, rodeábalas la más profunda veneración. Apacible y silenciosa, sólo pronunciaba el nombre de Jesús, y palabras de paz y ternura maternal. En el lugar santo, y sobre todo, en la mesa Eucarística, sólo por milagro dejaba de sucumbir á los transportes de la oración y á la embriaguez de su amor. ¡Dichosos los pobres que recibían la limosna de sus manos! ¡Dichosos los niños que la bendijeron! ¡Dichosos los afligidos á quienes consoló! ¡Dichoso sobre todo, mil veces, el discípulo amado que no perdió de vista ni un instante el ejemplo de sus virtudes y que pudo consolar á tan noble afligida! ¡Cuántos ardientes deseos, cuántos suspiros inflamados debió escuchar el hijo edoptivo de María! La resignación más sublime no está exenta de desear que se apure el cáliz de prueba, sobre todo cuando, no el sufrimiento, sino el amor de ver á Dios, es el que sostiene la languidez del alma. No provenía la languidez de María del sentimiento de su dolor, sino del ardor de sus deseos. Los que amais con pasión comprendéis las agonías de la ausencia; pero no comprendéis bastante cuán amargas eran las que sentía María por la ausencia de Jesús. Bien pudo con toda verdad exclamar como exclamó: "¡Así me separa una muerte amarga!" (I. Reg., XV., 32). ¡Cómo pudo agradar á Dios prolongar por tanto tiempo la existencia de María!

Nadie en la tierra puede resolver esta cuestión. Acatemos humildemente la voluntad del Altísimo. No parece sino que un rayo de la sabiduría divina alumbró un rincón del cuadro que acabamos de bosquejar. María sobrevivió largos años á su Hijo, para llegar á la consumación de la virtud por medio de la paciencia más heroica. Sobrevivió á su Hijo para tener el tiempo necesario para ejercer en la tierra la maternidad que debía ejercer en el cielo. Sobrevivió á su Hijo para aconsejar, animar y consolar á los apóstoles, perseguidos tan luego como los conocían, y para servir de ejemplo á los fieles, nuevos en las prácticas del evangelio.

Parécenos además que las necesidades de la Iglesia naciente son la causa principal de la prolongación de los días de María. Sangriento aun con

la víctima del Calvario, fué atacado el cristianismo por los judíos; la Sinagoga le abrió las cárceles, descargó su látigo sobre las personas de los apóstoles y quiso cortarle la cabeza en la persona de Estéban. El pueblo deicida odiaba la cualidad de Mesías que autoritativamente había tomado Jesucristo, y también su divinidad. Efectivamente, atacaba de este modo el punto capital y la basa del cristianismo. ¿No era mucho agregar á la palabra de los apóstoles que la afirmaban, la afirmación de María, que era su primero y el más esencial de los testigos? Todos podían afirmar la relación de los apóstoles y de los evangelistas sobre la vida pública de Jesús; pero la perpetua virginidad de su madre, la anunciación, las inquietudes pasajeras de José calmadas por un ángel, la visita hecha á Isabel y las proféticas expresiones cambiadas en esta entrevista, los pormenores del nacimiento de Jesús, el cántico celestial, la adoración de los pastores, los presentes de los magos, el oráculo del viejo Simeón, la huida á Egipto y el regreso del destierro por mandato de un ángel, el carácter elevado de la sumisión del Niño á María y José, ¿quién podía asegurar todo esto como testigo ocular, tantos hechos maravillosos, algunos de los cuales sirven de base al edificio de la religión y forman todos ellos la gloria del Redentor y sirven para nuestra edificación? ¿Quién podía hacerlo? Sólo María. No convenía que ella afirmara por su propia boca lo que sobre todo esto decían los apóstoles, y que confundiera en presencia de los judíos á los primeros herejes cuya infernal tarea consistía en negar la divinidad de Jesucristo? ¿Podían dejar de creerla? ¿Quién podía dudar de las palabras de San Juan, cuyo evangelio parece no tener más objeto que establecer este dogma sagrado, de San Juan que supo de su boca lo que no había visto con sus propios ojos, oído con sus orejas ó comprendido en su corazón, cuando reposó en el pecho de su maestro? La vida prolongada de María daba á la Iglesia naciente un apoyo tanto más sólido cuanto que la sinceridad de su testimonio hacía resaltar con más brillo el heroísmo de su vida.

Otro testimonio dado por María era de mucha fuerza. Este testimonio era la obediencia que prestaba á la Iglesia, de la que, siendo la reina, era su hija más sumisa. Esta obediencia servía maravillosamente para formar la inteligencia de los neófitos, que desconocían la disciplina del espíritu y del corazón. ¿Quién hubiera podido resistir de buena fe á la autoridad eclesiástica, viendo la sumisión absoluta del Hombre Dios? ¿Quién hubiera podido dejar de creer en la Eucaristía, por ejemplo, cuando veía á la Virgen comulgar, y resistir al sacerdocio apostólico cuando ella obedecía dócilmente la voz de los apóstoles?

Todo esto, sin hablar de las inspiraciones que sugirió y ha de sugerir siempre á los doctores de la Iglesia, no es lo que ha hecho que la gratitud de todos los siglos la proclame reina de los apóstoles, así como por su admirable paciencia se la considera reina de los mártires? ¿No es verdad que todo esto justifica estas alabanzas de la Iglesia: "¡Oh María! ¡Vos sola habéis destruido todas las herejías?" (Of. de la S. V.) Asegurar la divinidad del Verbo encarnado y dar el ejemplo de sumisión á la Iglesia docente era destruir todos los errores.—(*Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María*).